

MARIO ESCOBAR



EL PLAN DE HIMMLER

Lectulandia

Himmler, el hombre más terrible de Alemania, quiere que sus colaboradores viajen al Centro de la Tierra. La Ahnenerbe preparará una misión secreta, con la esperanza que la mítica tierra de los arios sea descubierta.

Klaus y Hans descubren la entrada secreta a la Tierra Hueca, pero Arthur y Agatha tendrán que pedir ayuda a los profesores J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis para descubrir el origen de la puerta que les puede llevar a la tierra descrita por Julio Verne en su gran libro Viaje al centro de la Tierra. Gracias a unas runas, Agatha identificará la puerta al Shambhala.

Las sorpresas que les esperan en el Centro de la Tierra son inimaginables.

Mientras Arthur y Agatha acuden a pedir ayuda a J. R. R. Tolkien, que ha investigado durante años las leyendas islandesas. J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis ayudarán a sus amigos ingleses a descubrir la puerta a la Tierra Hueca.

¿Preparado para el viaje más alucinante de tu vida?

Lectulandia

Mario Escobar

El plan de Himmler

Misión Verne - 2

ePub r1.1

XcUiDi 20.10.15

Título original: *El plan de Himmler*

Mario Escobar, 2013

Editor digital: XcUiDi

Corrección de erratas: Ronin, JJGAF

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

«Cuando todos nos hubimos tranquilizado, nos pusimos a mirar la nave que se alejaba, hasta que se perdió de vista. El tiempo empeoraba y soplaba un ligero viento. En el preciso momento en que el buque desapareció en el horizonte, Parker se volvió hacia mí con una expresión en la cara que me dio escalofríos. Tenía un aire de seguridad y entereza que nunca le había observado. Antes de que despegara los labios, yo tenía el palpito de lo que iba a decirme. En una palabra, insinuó que uno de nosotros debía morir con el fin de salvar a los demás».

La narración de Arthur Gordon Pym, Edward Allan Poe

«La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido».

H. P Lovecraft

«“Los más Ancianos”, una raza inmensamente inteligente y científicamente avanzada, ha elegido estructurar su propio ambiente bajo la superficie del planeta y fabricar allí todas sus necesidades. Los más Ancianos son homínidos, extremadamente longevos y antecesores del homo sapiens por más de un millón de años. Los más Ancianos permanecen generalmente a distancia del mundo superficial, pero de vez en cuando se han sabido ofrecer para aportar crítica constructiva».

El hueco de la tierra, mito o realidad, Brad Steiger

PRÓLOGO

Himmler se colocó las lentes redondas sobre la frente y observó el tubo cilíndrico de color dorado. Estaba herméticamente cerrado, pero en su pulida figura podían observarse dos cosas. La primera era una inscripción con las siglas J y V, de Jules Verne. Arriba se encontraba lo que parecía una especie de pestaña, pero por más que la accionaba, Himmler era incapaz de abrir el tubo.

—¡Maldita sea! ¿Cómo se abre este artilugio del demonio? —preguntó Himmler enfurecido.

Klaus Berg y Hans le miraron algo asustados. El Reichsführer solía mostrarse calmado, pero todos los miembros de las SS temían sus estados exaltados de furia. Desde el comienzo de la guerra, Himmler había perdido en parte sus formas cordiales y cada vez parecía un líder más distante e imprevisible. Klaus sabía gracias a Hans, que el todopoderoso jefe de las SS había aplazado muchos de sus proyectos por el esfuerzo militar, lo que le mantenía en un alterable estado de ánimo.

—¿Me permite, Reichsführer? —preguntó Klaus con total tranquilidad. Si algo había aprendido en los últimos años era que los tipos como él no tenían nada que temer, porque hacía tiempo que ya lo habían perdido todo.

Himmler clavó sus pequeños ojos azules en los de Klaus y después con una leve sonrisa le cedió el cilindro.

—Este artilugio recuerda a los famosos libros de Julio Verne.

Klaus observó el cilindro. Era de aluminio, pero tenía un gran sello en el que se podían apreciar las iniciales JV, apretó las dos letras a la vez y el escudo se abrió por la mitad, tiró del tubo y el manuscrito asomó por la parte superior.

Himmler y Hans se aproximaron hasta la mesa y observaron el taco de papeles amarillentos que Klaus se esforzaba por alisar sobre la mesa. En la portada se veía claramente el nombre del autor: Arne Saknussemm.

—Imagino que conocen la historia de Arne Saknussemm —dijo Klaus mirando a los dos hombres.

—Yo pensaba que el manuscrito era de Snorri Sturluson, el famoso escritor de las sagas islandesas del siglo XII —dijo Himmler.

Hans miró a su compañero sorprendido. Había sido su alumno en la Universidad de Hamburgo, pero nunca le había oído mencionar a aquel hombre, a no ser que fuera de pasada.

—El pergamino con el texto cifrado es la clave del libro de Viaje al centro de la Tierra, aunque no es casualidad que estuviera dentro del libro de Snorri Sturluson —comentó Klaus.

—Nos tiene en ascuas, Her profesor —dijo Himmler.

—Permítanme que les cuente una vieja leyenda... —dijo Klaus, mientras los otros dos hombres no dejaban de observarle totalmente atentos a sus palabras.

CAPÍTULO 1

LEYENDAS Y CERTEZAS

En el subsuelo de Londres la reunión parecía estancada cuando Mark Preston, el oficial encargado de la Misión Verne levantó la vista del mapa y se dirigió al profesor Arthur Macfarland:

—Han perdido el manuscrito de Arne Saknussemm, la Gestapo y las SS saben que estamos detrás del mismo objetivo y varios miembros del comando murieron al intentar escapar. Me temo que la misión ha sido un verdadero desastre.

—Visto de esa manera, sin duda, pero hemos descubierto lo que estaban buscando los alemanes —dijo Arthur.

—¿Realmente piensa que los nazis están intentando encontrar un paso al centro de la Tierra? Eso es absurdo, todo el mundo sabe que el centro de la Tierra está a temperaturas altísimas y que no puede haber vida en su interior —comentó el oficial Preston.

—Puede que esté en lo cierto, pero hay miles de leyendas... —dijo Arthur, antes de que el oficial volviera a interrumpirle.

—Los servicios británicos no se crearon para investigar leyendas, nosotros no somos unos lunáticos como los hombres de Himmler y su famosa Ahnenerbe —dijo el oficial.

Agatha que hasta ese momento se había limitado a escuchar, se inclinó sobre el mapa y señalando Islandia comentó:

—Todas las predicciones de Julio Verne se han cumplido. Desde el invento del submarino hasta la vuelta al mundo en un tiempo record, Julio Verne se basó en las teorías de Charles Lyell y su libro Evidencias geológicas de la antigüedad del hombre.

—Lyell no habló de un mundo subterráneo, simplemente dató el origen de la raza humana y describió cómo esta debió haber sobrevivido en los primeros siglos —dijo el oficial muy serio. Él era un neófito en algunos temas, pero había estudiado historia en Cambridge.

—De acuerdo, pero Lyell defendió que el ser humano apareció en la última era glacial, por eso vivía en cuevas. ¿Puede que realmente no viviera en cuevas? ¿Una posibilidad hubiera sido que el hombre viniera del centro de la Tierra, que no estaba helado como la superficie del planeta? —dijo Agatha.

Arthur cruzó los brazos y aspiró la pipa que había encendido unos minutos antes. Después intentó recordar los nombres de los autores que habían hablado de la intratierra.

—El expedicionario norteamericano del Ártico Richard Evelun Byrd ha afirmado que en uno de sus viajes encontró una posible entrada a un mundo subterráneo, pero no es el único. A lo largo de la historia numerosas leyendas e importantes hombres de ciencia han hablado de esta posibilidad. Desde la Biblia, que siempre ha explicado la existencia de un mundo subterráneo en el que habitarían seres demoniacos, pero también lo creyeron los griegos. Pero también están los mitos orientales de Agharta y del Shambhala, que hablan del Rey de los mundos —comentó Arthur.

—Leyendas, tradiciones religiosas y supercherías pueden valer a los seudocientíficos de las SS y la Ahnenerbe, pero no a nosotros, caballeros —dijo el oficial muy serio.

—Pero ¿qué dice de científicos como Edmon Halley a finales del siglo XVII, Leonhard Euler o *Sir John Leslie*? Todos ellos afirmaron la existencia de un mundo hueco en el que se habrían conservado especies primitivas —comentó Agatha.

—En el siglo XIX John Cleves Symmes sugirió que la tierra era un cascarón vacío, hasta el presidente de los Estados Unidos John Quincy Adams preparó una expedición para investigar las ideas de Cleves, aunque al no ser reelegido no llevó la misión a cabo. Hace apenas treinta años, William Reed o William Fairfield Warren hablaron del origen subterráneo de la raza humana —dijo Klaus.

El oficial Preston se quedó algo sorprendido, aquello no le hacía dudar sobre las teorías más recientes que parecían demostrar la deriva de continentes, el núcleo incandescente del planeta y el frágil equilibrio que suponía la gravedad, el magnetismo de la tierra y relación con el sol, pero no dudaba que esos nazis fanáticos pudieran creer toda esa sarta de fantasías.

—En el caso que existiera una entrada al centro de la tierra, ¿dónde se encontraría? Si supiéramos eso, podríamos adelantarnos a los alemanes aun sin tener el manuscrito —comentó el oficial.

—Eso es lo más difícil de averiguar, pero si Arne Saknussemm tenía algo que ver, la respuesta podría estar en las sagas islandesas. Conozco a alguien que puede ayudarnos a descifrar este misterio —dijo Arthur sonriente.

—¿A quién? —preguntó el oficial.

—El profesor J. R. R. Tolkien —contestó Arthur.

CAPÍTULO 2

LA HISTORIA DE SNORRI STURLUSON

Klaus había estudiado todo aquello algunos años antes, cuando aún era profesor de literatura francesa en Hamburgo. En las últimas semanas había recuperado algo del prestigio perdido al oponerse a la quema de libros el 10 de mayo de 1933. Por eso el profesor observó el rostro severo de Himmler con seguridad. Aquel fanático y asesino dirigente nazi estaba a sus pies, admirando sus conocimientos sobre literatura francesa y su especialidad en Julio Verne.

—Si recuerda, hablamos de él en el primer encuentro que tuvimos. Snorri Sturluson fue un hombre muy polémico, pero lo que más nos importa son algunos de sus libros y las sagas que reunió. Su obra más importante es la Edda Menor. Se ha conservado un códice del 1300, gracias a él sabemos de qué trata el libro —dijo Klaus.

—¿Ese es el libro al que hace referencia el profesor Lidenbrock en la novela de Julio Verne? —preguntó Himmler intrigado.

—Sin duda. El manuscrito narra la mitología escandinava, sobre todo el diálogo entre el rey Gylfi y tres dioses, pero Snorri murió y el libro quedó inconcluso —comentó Klaus.

Himmler se puso en pie y sin mediar palabra se dirigió hasta la inmensa estantería de caoba que ocupaba una de las paredes del inmenso despacho. Tras pasar unos minutos ojeando los estantes regresó con un gran volumen en las manos.

—Camaradas, les presento el facsímil del libro de Snorri, lo he tenido todo el tiempo en mi biblioteca, pero no sabía que era obra suya, el nombre del libro es el Codex Regius, aquí está la Snorri Edda —dijo Himmler dejando el pesado volumen sobre la mesa.

Hans y Klaus se miraron sorprendidos. Nunca habían visto con sus ojos el volumen original ni un facsímil, a ellos les había tocado trabajar con textos extraídos de los originales y editados en el siglo XIX.

Klaus abrió el voluminoso códice y comenzó a repasarlo con avidez. No le importaba el prestigio, la fama o riqueza que le pudiera dar el régimen nazi, lo único que deseaba era sumergirse en aquellos misteriosos manuscritos y revivir la historia que ocultaban.

—Es increíble, la Edda habla de que los antiguos dioses escandinavos eran humanos reales, algunos de ellos escaparon de Troya justo después de su destrucción. Al llegar al norte de Europa, fueron tratados como héroes y dioses por su gran sabiduría —dijo Klaus fascinado. Sus ojos recorrían las páginas del libro sin apenas

poder parar, para explicarle a sus compañeros qué estaba descubriendo.

—Klaus, por Dios, ¿puedes decirnos que pone? —comentó Hans desesperado.

—Habla de la leyenda del rey Gylfi y como, tras ser engañado por la diosa Esir, intenta llegar a Asgard, pero es engañado y llega a un misterioso palacio en el que están tres hombres llamados Hár, Jafnhar y Þriðji. El rey tiene que responder a varias preguntas que le hacen esos misteriosos hombres. Fíjense en lo que dice el primer hombre que encuentra el rey Gylfi a la puerta del palacio:

Todos los umbrales, antes de avanzar,
deben vigilarse:
pues nunca se sabe qué enemigos
se sientan en los bancos.

Las palabras del poema impresionaron a los otros dos hombres. Hablaba de una puerta peligrosa, que llevaba a ese mundo misterioso.

—Según narra la historia, los hombres fundaron Ásgard, que también se llamó Troya. Después narra muchas cosas sobre la creación del mundo, pero lo más interesante es lo que dice del Valhalla —comentó Klaus.

—El Valhalla es el inframundo —dijo Himmler emocionado.

—Aquí habla de las puertas del Valhalla:

Entonces dijo Gangleri:

«Asombroso es lo que me cuentas; enorme debe ser la casa del Valhalla. Gran aglomeración debe formarse ante las puertas».

Entonces responde Hár:

«¿Por qué no preguntas cuántas puertas hay en el Valhalla, o de qué tamaño? Si lo oyes dirás que sería asombroso que no pudiera entrar y salir quien quisiera. Y en verdad hay que decir que no es tan estrecha que se la ocupe al entrar en ella».

Cuando Klaus terminó de leer se hizo un largo silencio.

—Según describe el texto, las puertas del inframundo no deben ser pequeñas. Lo que reafirma la idea de Julio Verne en su libro. Se debe tratar de la entrada a una gran cueva. Posiblemente en Islandia —dijo Hans.

—Discrepo, querido amigo —comentó Klaus.

—¿Por qué? —preguntó Hans con el ceño fruncido. No le gustaba la importancia que estaba tomando su profesor en el proyecto. Esperaba que Klaus no olvidara, que era él, el que le había recomendado para su puesto.

—Miren esta última parte:

«Surgirá la tierra de los mares y será entonces verde y bella: crecerán los campos sin sembrarlos. Vivirán Vídar y Váli, y no les dañarán las heridas ni el fuego de Surt, y vivirán en Idavellir, donde antes estuvo Ásgard, y allí vendrán los hijos de Thor, Módi y Magni, y tendrán a Mjöllnir. Vendrán entonces Baldr y Hödr desde el infierno, se sentarán todos juntos y hablarán y recordarán sus runas, y conversarán

sobre lo que había sucedido, sobre la serpiente del Midgard y el lobo Fenrir. Entonces encontrarán en la yerba los escaques de oro que habían pertenecido a los Aesir.

Y en el lugar llamado bosque de Hoddmimir se habrán escondido del fuego de Surt que se llaman así: Líf y Leifthrasir, y comerán rocío. Y de estos hombres vendrá la gran descendencia que habitará todos los mundos.

Y te parecerá extraño que Sol haya tenido una hija no menos bella que ella misma, y seguirá los pasos de su madre».

—No entiendo lo que quiere decir el poema. ¿A qué tierra se refiere? —preguntó Himmler.

—Está hablando del mundo subterráneo, al parecer su entrada estará en una isla que surgirá del mar y será verde —comentó Klaus.

—Islandia sin duda —comentó de nuevo Hans.

—No creo que sea Islandia. Hay seis supuestas puertas al infierno o inframundo: Masaya en Nicaragua, Xibalbá en México, Tartarus en Grecia, el monte Hkla en Islandia, el purgatorio de San Patricio en Irlanda y el Erta Ale en Etiopía —comentó Klaus.

—¿Cuál piensa que es la verdadera puerta al inframundo? —preguntó Himmler impaciente.

—La clave está aquí, en el libro de Arne Saknussemm. Déjenme esta noche para leerlo y mañana podré responder a esa pregunta —contestó Klaus.

—Tiene esta noche para averiguarlo. La expedición seguirá preparándose; antes de dos días tendrán que viajar a su objetivo. No olviden que los ingleses están tras nuestra pista —dijo Himmler.

—Esos británicos no saben nada, sin el libro nunca encontrarán la entrada al inframundo —comentó Hans con una amplia sonrisa.

Klaus prefirió callarse su opinión, se limitó a tomar el manuscrito, volver a introducirlo en el tubo metálico y dirigirse a sus habitaciones en el tenebroso castillo de Wewelsburg, donde el Reichsführer quería construir la capital de su tenebroso imperio de las tinieblas.

CAPÍTULO 3

LA TIERRA MEDIA

El viaje de Londres a Oxford fue muy agradable. Aquella tarde fue una de las pocas luminosas de aquella primavera gris y desapacible. Arthur estaba sentado junto a Agatha, mientras que el oficial Preston se encontraba junto al conductor.

Arthur miró el rostro de Agatha, las pecas destacaban en su piel blanquecina, pero lo que convertía aquella cara en una verdadera obra de arte eran sus grandes ojos verdes y sus rosados labios.

—Gracias por el apoyo —comentó Arthur a la mujer.

Ella se limitó a sonreír mostrando sus perfectos dientes blancos. Él pensó en el libro del Cantar de los cantares y el elogio del esposo a la hermosa esposa que le espera ansiosa recorriendo la ciudad. Arthur nunca había sentido nada igual por nadie. Su vida de ermitaño había dejado de tener sentido tras conocerla a ella.

La hermosa ciudad de Oxford comenzó a reflejarse en el cristal del pequeño Datsun de tres puertas. Arthur se había despedido de aquellas adustas fachadas unos días antes, con el temor de no sobrevivir a un salto en paracaídas sobre Francia en plena noche. Ahora estaba de nuevo en lo que él consideraba el corazón de la Civilización Occidental.

—Será mejor que nos dirijamos directamente a la residencia de los Tolkien, el profesor debe estar en casa antes de dirigirse a su tertulia en el *The Eagle and Child Pub* —indicó Arthur al conductor.

Diez minutos más tarde, el coche paró frente a la modesta casa de los Tolkien. La hiedra cubría la mayor parte de la fachada principal y la desgastada valla de madera sin pintar, indicaba que el mundo interior del genial profesor de lengua y literatura impedía a Tolkien dedicarse a los quehaceres naturales de un buen inglés: cuidar su jardín.

Cuando los tres uniformados personajes se pararon frente a la puerta del profesor, Arthur no pudo evitar pensar en la inoportuna visita de Gandalf, el mago que Tolkien había inventado para su libro *El Hobbit*, a Bilbo Bolsón y que le llevaría a la primera aventura de Bilbo fuera de la tranquila y apacible Comarca o Tierra Media.

La señora Tolkien abrió la puerta y miró sorprendida a Arthur, al que nunca le había visto con uniforme.

—Estimada Edith, lamento importunarla en plena hora del té, pero necesitamos hablar urgentemente con su esposo —dijo Arthur.

Edith miró de arriba abajo a Agatha, todos conocían la relación de esta con Arthur, aunque disimulaban con su estereotipada discreción inglesa.

—John está escribiendo en su despacho. No le gusta que nadie le interrumpa. Será mejor que le vean en su despacho mañana por la mañana, creo que tiene una hora libre a las diez de la mañana —comentó Edith, que sabía de los estrictos horarios por los que se regía su esposo.

—Señora Tolkien, es un caso de seguridad nacional —comentó Preston.

A Agatha le pareció divertido el comentario del oficial. No parecía que las fantasías megalómanas de Himmler pudieran suponer un asunto de seguridad nacional, pero sin duda era un argumento de peso para romper con la rutina del profesor.

—Por favor, pasen —dijo la mujer de Tolkien invitándoles a una pequeña sala de estar.

Cinco minutos más tarde, Tolkien apareció. En contra de lo que había imaginado Agatha, que apenas le había visto en los jardines de Oxford o en alguna ponencia de la universidad, el profesor era un hombre afable, de amigable sonrisa y siempre dispuesto a charlar. Tenía el pelo cano, peinado hacia un lado, las cejas pobladas y una perenne pipa encendida en los labios.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el profesor sin mostrar el más mínimo atisbo de inquietud.

—Necesitamos que nos diga dónde está la entrada del infierno —preguntó Preston sin atender a preliminares.

—Me temo que en este momento el infierno se ha desprendido por media Europa y amenaza a nuestro amado Reino Unido, pero si desean saber algo de este viejo profesor, estaré dispuesto a ir con ustedes hasta las mismas puertas del Averno —dijo Tolkien con su voz ronca, pero dulce. Después, el cielo volvió a ensombrecerse sobre Inglaterra y todos se dejaron sumir por las palabras del viejo profesor.

CAPÍTULO 4

DESDE LA TORRE

Mientras la noche se imponía al día, Klaus devoraba sin cesar el libro que le había costado tantos desvelos en las últimas semanas. Disfrutaba de cada página de aquellas misteriosas leyendas de las sagas islandesas, como si estuviera destilando el verdadero néctar de los ancestrales dioses arios. Él se consideraba una persona escéptica. Haber vivido durante dos guerras mundiales y una gran depresión, ponía la fe de cualquiera a prueba. Su ciudad natal no había sufrido los vaivenes de la guerra, pero su padre había muerto en el frente un años antes del armisticio y su madre, pianista profesional, había tocado en antros de mala muerte para costearle los estudios universitarios. Klaus siempre se había refugiado en los libros, como si fueran el único salvavidas que le quedaba antes de hundirse definitivamente en las oscuras aguas del Rhin.

El Valhalla era una construcción parecida al purgatorio cristiano, un lugar de espera en el que se reunirían todos los guerreros germanos hasta la lucha final. El Valhalla como un inmenso salón de muertos, se encontraba en el palacio de la ciudad de Asgard, gobernada por Odín.

Klaus comenzó la lectura de del Skáldskaparmál en el que se narraban la formación de los poetas de las sagas, pero al final lo apartó y se centró en el manuscrito encontrado en la tumba de Verne.

Delante de sus ojos tenía el manuscrito en el que se había inspirado el propio Julio Verne para escribir su magnífico Viaje al centro de la Tierra.

La lectura enseguida le transportó a la vida del alquimista Arne Saknussemm, que en el siglo XVI fue condenado por la inquisición y quemado en Roma. Arne, estudioso y químico, había estudiado las sagas islandesas y se había obsesionado desde muy joven por la supuesta entrada al purgatorio o Valhalla. El libro describía que tras diferentes averiguaciones descubrió por donde se podía entrar al inframundo y llegar hasta el centro de la tierra.

Klaus no pudo dejar de leer en toda la noche. El autor ocultaba en todo momento donde se encontraba la entrada al inframundo, por lo que Klaus supuso que Verne nunca llegó a descubrirlo, aunque daba una pista final:

«Me levanto hoy
Por medio de poderosa fuerza, la invocación de la Trinidad,
Por medio de creer en sus Tres Personas,
Por medio de confesar la Unidad,

Del Creador de la Creación».

Klaus dejó el libro sobre la cama y se dirigió a la habitación de su compañero.

—Hans ya sé dónde está la famosa entrada del inframundo —comentó Klaus.

Hans lo miró sorprendido y le preguntó impaciente:

—¿Dónde se encuentra la entrada?

—En el sitio más insospechado —dijo a su compañero mientras entraba en la habitación para explicarle lo que había descubierto.

CAPÍTULO 5

INCREÍBLES DESCUBRIMIENTOS

Tolkien volvió a aspirar su pipa y una atmósfera cargada se extendió por su pequeño despacho repleto de libros. El viejo profesor acumulaba todo tipo de volúmenes por las estanterías, el suelo y la mesa de color marrón oscuro. En cuanto los inesperados visitantes le comunicaron la razón de su visita, el profesor comenzó a rebuscar entre sus libros. Tardó algo más de diez minutos en reunir media docena de volúmenes y colocarlos en la única parte de la mesa que se hallaba despejada.

—Las puertas del infierno son un tema fascinante. A lo largo de la historia del hombre, muchos se han afanado por descubrirlas o simplemente representarlas — comentó el profesor.

—¿Cree que podremos descubrir en qué lugar del mundo se encuentran? — preguntó Agatha algo impaciente.

El profesor la miró con ojos comprensivos, sabía que la juventud siempre tenía un ímpetu difícil de dominar, pero estaba acostumbrado a tratar con jóvenes todos los días.

—Miren —dijo Tolkien enseñando las láminas de uno de los libros.

—¿Qué simboliza? —preguntó Arthur.

—La porte de l'Enfer una obra del artista francés Auguste Rodin, se encuentran en el museo de Artes Decorativas de París. Son bellísimas, ¿no les parece? Como verán todas las culturas han estado interesadas en descubrir su ubicación, hasta en los Evangelios y el libro de Apocalipsis se habla de este tema. El inframundo ha sido llamado de muchas maneras: Helheim para los nórdicos, Averno por los griegos, Gehena como purgatorio Judío, infierno para los cristianos o Xibalbá para los mayas —comentó Tolkien.

—¿Por qué esa fascinación por las puertas del infierno? —preguntó Arthur.

—Desde la famosa leyenda de Orfeo y la búsqueda de su esposa Eurícide en la cultura clásica, el hombre ha temido y sentido atracción por el infierno. Los judíos creían que la entrada del infierno estaba en el valle del hijo de Hinom, cerca de Jerusalén. Los romanos creían que su entrada estaba en un cráter cerca de Cumas en Campania, al sur de Italia. Los griegos, sin embargo, pensaban que la puerta estaba cerca de la ciudad de Hierápolis, en la actual Turquía. Los griegos pensaban que en la entrada había un fiero perro llamada cerberos, que impedía la salida del infierno o la entrada de extraños —comentó Tolkien.

Todos parecían fascinados ante las explicaciones del profesor.

—Pero hay muchas más posibles entradas, como el Monasterio del Escorial en

Madrid, o la gruta maya en Belice de Xibalbá —continuó Tolkien.

—Hemos encontrado un manuscrito que parece probar que Julio Verne se basó en datos reales para describir su Viaje al Centro de la Tierra. Al parecer el alquimista Arne Saknussemm existió realmente y dejó escrito un libro en el que explicaba su viaje —comentó el oficial Preston.

—Increíble —dijo Tolkien alzando las cejas.

—¿Sabe si en Islandia u otro lugar hay una posible entrada al inframundo? —preguntó Agatha.

—¿No tienen el manuscrito? —preguntó Tolkien.

—Desafortunadamente nos lo robaron los alemanes —dijo Arthur.

El profesor se quedó pensativo unos segundos y después tomó otro de los volúmenes del montón. Se puso las gafas y lo ojeó por unos momentos. Después levantó la vista y muy serio les comentó:

—Creo que hay un lugar que puede encajar con el lugar que buscan —comentó el profesor.

—¿Está en Islandia? —le preguntó Agatha.

—No, hay una leyenda que habla de un sitio así, siempre he pensado que se trataba simplemente de ello, pero ahora creo que puede que ser una vez más, que las leyendas escondan una verdad —dijo el profesor Tolkien.

—¿De qué leyenda se trata? —preguntó Arthur.

—Les estoy hablando de la leyenda de San Patricio...—dijo Tolkien mientras cerraba el volumen, dejaba las lentes en el bolsillo superior de su chaqueta y se apoyaba cómodamente en el respaldo.

CAPÍTULO 6

EL PURGATORIO DE SAN PATRICIO

La voz del profesor Tolkien transportó a todos al lejano siglo IV, cuando la isla de Irlanda era un territorio salvaje en el que apenas había llegado la romanización. Arthur y el oficial Preston parecían disfrutar de la narración, pero Agatha se mostraba inquieta, como si todo aquello fuera una verdadera pérdida de tiempo.

—San Patricio fue secuestrado a la edad de dieciséis años y llevado como esclavo a Irlanda, tras unos años prisionero logró escapar y regresar a su casa en Escocia, donde se ordenó sacerdote y regresó años más tarde de nuevo a Irlanda para evangelizar la isla. En Irlanda tuvo que enfrentarse a los druidas, que controlaban los clanes de la isla —comentó Tolkien.

—Lo que no entiendo es qué tiene todo eso que ver con las puertas del infierno —le interrumpió Agatha.

El profesor Tolkien miró a la joven y la sonrió.

—Lo más curioso es que durante su predicación a los irlandeses San Patricio pidió a Dios que le diera una señal, para que los duros irlandeses creyeran. Al parecer, Dios mostró a San Patricio un horrible hoyo en una isla cercana, en el que se ubicaba el Purgatorio. Los irlandeses temieron tener que vivir en tan horrible lugar y se convirtieron en masa —dijo Tolkien.

—Entonces ese es el lugar, está en Irlanda y no en Islandia como creíamos hasta ahora —dijo el oficial Preston.

—Efectivamente, en una pequeña isleta en Lough Derg, condado de Donegal, en Irlanda se encuentra el llamado Purgatorio de San Patricio. En la isla hay un monasterio que data del siglo XII, fundado por una orden de agustinos. En el monasterio hay un hospital para peregrinos y desde allí los fieles podían visitar la entrada al purgatorio —comentó Tolkien.

Escucharon como alguien llamaba a la puerta y todos se sobresaltaron. Luego se oyeron unas voces y unos pasos que se dirigían hasta el despacho. Llamaron a la puerta y entraron sin llamar.

—Disculpen la molestia, insistí a Edith que volvería en otro momento, pero pensó que a lo mejor podía ayudarles —dijo el hombre.

—Pase profesor Lewis, usted es irlandés y medievalista. Nadie conoce mejor que usted la historia de San Patricio —dijo Arthur.

—Arthur, que sorpresa. Creíamos que no volveríamos a verle en una larga temporada —comentó Lewis.

—Hemos tenido un contratiempo, ya le he comentado al profesor Tolkien que

buscábamos la puerta del infierno y... —comentó Arthur.

—No me lo diga, están hablando del purgatorio de San Patricio. Un lugar singular sin duda —dijo C. S. Lewis.

—¿Qué puede contarnos de ese lugar? —preguntó Agatha más animada. Apreciaba al profesor Lewis, menos moralista que el resto de sus compañeros de la universidad.

—Imagino que el profesor Tolkien les ha hablado del *Tractus de Purgatorio Sacti Patricii* —dijo Lewis.

—No me ha dado tiempo —se disculpó Tolkien.

—El libro es del siglo XII escrito por un monje cisterciense llamado Henry. En él se narra el viaje de un caballero irlandés llamado Owien, que adentrándose por la cueva del purgatorio viaja hasta el paraíso terrenal. Siempre pensé que el bueno de Jules Verne se inspiró en este libro para escribir su famosa novela *Viaje al centro de la Tierra* —dijo Lewis.

—¡Increíble! —exclamó el oficial Preston. Aquello era mucho más de lo que esperaban.

—El texto está dedicado al abad Hugo de Sartris. El manuscrito tiene seis partes. En la primera se narra la historia de San Patricio y como Dios le muestra la entrada del Purgatorio para ayudarlo. En la segunda. Owein narra cómo al entrar en la cueva, después llegó a un gran campo en el que había una sala que parecía un claustro. Allí le recibieron quince monjes de ropas blancas. Estos hombres aconsejaron a Owein como debía continuar su viaje sin temor a perecer. Unos demonios intentaron atrapar al caballero mientras se introducía en las profundidades. Owein atravesó varias llanuras, en las que las almas sufrían por causa de sus pecados, torturados por demonios. Más tarde llegó a un gran río de fuego...

—Debía tratarse de lava —le interrumpió Agatha.

—Al parecer, debajo del río estaba la entrada al infierno, pero Owein encontró un puente estrecho con el que atravesar el río. Al otro lado del puente, el peregrino encuentra el paraíso terrenal. Allí dos arzobispos le llevan a través de una tierra repleta de flores y todo tipo de árboles hermosos. Los dos arzobispos llevan al peregrino hasta la puerta del cielo. Owein se queda de nuevo solo y se siente agotado, pero un maná del cielo le alimenta. Al final regresa de nuevo a la superficie —comentó Lewis.

Todos permanecieron unos segundos en silencio y después Arthur se puso en pie y totalmente entusiasmado dijo:

—Ya sabemos dónde está la entrada a la Tierra Hueca o Inframundo y lo mejor de todo es que se encuentra en territorio británico. Llegaremos antes que los nazis.

—No será tan sencillo, la isla está en territorio de Irlanda, no en Irlanda del Norte. El condado de Donegal no es territorio británico. Nuestra misión tendrá que ser secreta —dijo el oficial Preston.

—No olviden, que hay algunos elementos del gobierno irlandés cercanos al

régimen nazi, piensan que de esa manera, podrán recuperar el norte de la isla —dijo Tolkien.

—Pues tendremos que ponernos en marcha esta misma noche —comentó el oficial—. Les pido la máxima discreción. No les cuenten a nadie nuestra conversación.

—No lo dude, seremos una tumba —contestó Lewis.

—Muchas gracias por su colaboración —dijo Arthur.

—Será mejor que tomen ante de irse algún ejemplar del libro que les he comentado. Me temo, que en contra de lo que hemos creído durante siglos, ese viaje se realizó —dijo Lewis.

—Lo haremos —comentó Agatha.

Mientras Arthur y sus compañeros abandonaban la residencia de los Tolkien, a miles de kilómetros de allí, los hombres de Himmler se preparaban para enviar un avión a Dublín. Los servicios de inteligencia de las SS ya se habían puesto en contacto con las autoridades irlandesas y pedido su permiso para una expedición arqueológica al norte de la isla. El tiempo corría en contra de los ingleses. El plan de Himmler parecía estar a punto de volverse realidad.

CAPÍTULO 7

EL TRÉBOL DE LA SUERTE

Cuando el avión aterrizó en el aeródromo de Dublín, dos oficiales del ejército de Irlanda pidieron la documentación a los pasajeros. El equipo de la Ahnenerbe estaba compuesto por diez personas. Además de Klaus y Hans, que eran los directores de la operación científica, estaban el oficial de las SS Dietmar Rudel, el científico Lukas Peitz y la paleontóloga Bárbara Sigfried y cinco soldados rasos de las SS.

Los soldados irlandeses llevaron a los diez miembros del equipo a uno de los hangares cercano, allí les esperaba el comandante Aidan Kelly. La sala estaba en penumbra excepto la mesa alumbraba por una pequeña lámpara de mesa.

—Bienvenidos a Irlanda, espero que su estancia entre nosotros sea de su agrado —dijo el comandante Kelly.

—Gracias, comandante. Nuestra misión es pacífica y apenas durará un par de semanas. La paleontóloga Bárbara Sigdrid tiene la intención de analizar algunos fósiles en la isla de Station —comentó el teniente Rudel.

—Me sorprende que haya algún yacimiento de dinosaurios en esa zona. En cuanto he hablado del caso con varios especialistas se han mostrado interesados en participar en su expedición. Naturalmente les he dicho que no. Mi gobierno espera su ayuda cuando nuestra amada Inglaterra sucumba —dijo sarcásticamente el comandante Kelly.

—Gracias de nuevo, comandante —contestó Rudel.

—Lo único que sí les pediré es que lleven a dos soldados. Ellos pueden ayudarles con los monjes de la isla y es mi salvaguarda si alguien me pregunta por ustedes —dijo el comandante Kelly.

Klaus frunció el ceño. Conocía suficiente inglés para entender las palabras del irlandés.

—Será un placer llevarlos con nosotros —dijo Rudel.

—Bueno, pueden despegar. Ya les han llenado los tanques de combustible y alimentos. Espero que disfruten de la isla —dijo el comandante saludando al oficial de las SS.

El grupo se dirigió de nuevo al avión. Klaus sentía que perdía el control de la misión, pero apenas había podido compartir sus inquietudes con Hans. Aunque a él también le veía distante desde su regreso a Alemania. Himmler le había ascendido y concedido el mérito del manuscrito de Julio Verne, pero de alguna manera tenía que volver a acercarse a Hans.

Cuando estuvieron de nuevo en el aparato, Klaus se aproximó al asiento de su

amigo y le dijo:

—Tenemos que hablar.

Uno de los soldados se les quedó mirando, Klaus se percató y se sentó en la parte trasera, junto a la mujer. Bárbara era una mujer hermosa, con el pelo rubio y unos grandes ojos azules.

—Es un privilegio ir con ustedes en este viaje. Si logramos descubrir fósiles de dinosaurios ahí abajo daremos un paso de gigante en las ciencias paleontológicas, aunque lo realmente maravilloso sería descubrir alguno vivo. ¿Cree que puede haber un microcosmos bajo la superficie terrestre? —preguntó Bárbara.

Klaus tenía la cabeza en otras cosas, pero intentó apartar las ideas negativas de su mente y responder a la mujer.

—Si lo que relata Julio Verne en su libro es cierto, estamos ante el mayor descubrimiento científico de la historia. Aunque lo que yo busco realmente es demostrar que el genial escritor francés, una vez más estaba en lo cierto.

—Entiendo su fascinación por Verne. Yo nunca había leído una de sus obras, pero ya he empezado a hacerlo —comentó la mujer sacando de uno de los bolsillos de su uniforme un pequeño ejemplar de la edición alemana de Viaje al centro de la Tierra.

—Es mi obra favorita, espero que disfrute de la lectura. Debajo de tierra tendremos poco tiempo, pero aún quedan dos horas para aterrizar en algún punto cerca del lago de Derg —comentó Klaus, mientras se colocaba la manta color caqui y se recostaba en el asiento del avión.

Mientras el aparato surcaba en mitad de la noche las bellas praderas de Irlanda, en Inglaterra el equipo de Arthur Macfarland se disponía a cargar sus equipos en el transporte que les llevaría hasta Irlanda del Norte.

CAPÍTULO 8

STATION ISLAND

El avión aterrizó en Castleberg, en zona británica. La misteriosa isla en la que se encontraba el Purgatorio de San Patricio estaba a unas pocas millas del territorio británico. Los caminos no solían estar vigilados, por lo que llegar hasta ella no debía suponerles una gran complicación.

El equipo estaba compuesto por Mark Covey, paleontólogo de la universidad de Cambridge, Robert Lee, oficial del ejército y espeleólogo profesional y otros cuatro soldados que habían sido mineros antes de la guerra. El oficial Lee estaba al mando, aunque Arthur y Agatha dirigían la parte técnica de la expedición.

En Castleberg les esperaban tres vehículos que les llevarían hasta la frontera, aproximadamente a un par de millas del embarcadero que llevaba a la isla, aunque ellos tenían previsto cruzar en lanchas neumáticas, por si los alemanes habían llegado antes que ellos.

Cuando los soldados comenzaron a montar las balsas para cruzar el lago, Arthur se entretuvo mirando la isla con sus prismáticos.

—¿Cómo es la isla? —preguntó Agatha.

—No te lo creerás, pero está totalmente edificada. Hay varias capillas, una especie de fortaleza y una torre octogonal. Será difícil pasar desapercibidos... —dijo Arthur.

—Iremos de noche —comentó el teniente Lee.

—¿De noche? ¿No será peligroso cruzar el lago sin luz? —preguntó Arthur, que a su temor a los aviones, añadía su fobia al agua.

—No se preocupe, en menos de una hora estaremos en la isla —dijo el teniente Lee.

—¿Alguien ha entrado alguna vez en esos túneles? —preguntó Agatha.

Mark Covey se acercó al grupo y comentó:

—La Iglesia Católica ha prohibido la apertura de la entrada que lleva al Purgatorio de San Francisco desde hace más de doscientos años. No sabemos lo que nos vamos a encontrar. Aunque lo que es seguro es que serán cuevas similares a las que se encuentran en el otro lago. Mi duda es hasta donde se extienden los túneles. No olvidemos que la mayor parte del tiempo estaremos bajo un lago y que si los túneles son muy largos, podríamos encontrarnos debajo del océano durante la mayor parte del viaje.

Las palabras de Covey pusieron francamente nerviosa a Agatha, pero intentó hacerse la fuerte. Al menos podría ver las viejas inscripciones de la iglesia y la

entrada al Purgatorio. Si alguien había pasado antes por esos túneles, también podría descubrir algunas inscripciones interesantes. A pesar de los peligros aquel viaje no dejaba de ser apasionante. Por nada del mundo se lo habría perdido. Arthur la miró de reojo, seguía profundamente enamorado de ella, no se alejaría de Agatha, aunque tuviera que llegar al mismo infierno para estar a su lado.

CAPÍTULO 9

LA BOCA DEL INFIERNO

Klaus se quedó impresionado cuando el barco a motor atracó en el pequeño embarcadero: el famoso santuario de Donegal. Además de los edificios medievales del antiguo monasterio, en el siglo XVIII se había añadido una gran iglesia y un hospicio.

En las últimas horas, Klaus había leído algunas cosas sobre la isla y la leyenda de San Patricio. Entre esos documentos había encontrado la leyenda de Owein que le había fascinado por su parecido al relato de Julio Verne, aunque algo le inquietaba. Según el relato de Owein a los treinta días de su salida del purgatorio murió misteriosamente. Otro de los escritos que había leído era un misterioso relato en italiano de un piamontés llamado Giordano da Vicopisano. El relato del italiano hablaba de un caballero llamado Nocolás que en tiempos del rey Esteban pidió permiso para entrar en la cueva. El relato es muy parecido al de Owein, en él Klaus leyó sobre unas misteriosas agujas con la que se torturaba a los hombres, también describía inmensas ruedas de largos radios. El relato también hablaba de lagos de fuego y lagos de agua fría.

—¿Qué piensas? Ayúdanos a bajar el equipo antes de que se haga de noche —comentó Hans, sacando a Klaus de sus pensamientos.

Acercaron el equipo a la entrada de la iglesia. Un grupo de monjes salió del monasterio asustado al ver a los soldados, pero al observar que eran alemanes, empezaron a correr de nuevo al monasterio. Los soldados irlandeses les tranquilizaron, pero les pidieron que no salieran del edificio.

—Malditas ratas religiosas —dijo Hans, que como la mayoría de los nazis abominaba de los religiosos.

—Centrémonos en nuestra misión —comentó el oficial Rudel—. Yo soy el experto espeleólogo y quiero que escuchen unas instrucciones básicas. Estos son los cascos, es importante que los lleven en todo momento, si hubiera cualquier desprendimiento protegerán sus cabezas. La linterna del casco se enciende moviendo la palanca, tenemos recargas suficientes para veinte días, también llevamos linternas de mano y un par de petróleo, por si el viaje es más largo de lo esperado. Aunque puede que encontremos aguas subterráneas, será mejor que racionemos el agua lo más posible. También los alimentos, únicamente tomaremos muestras de rocas o fósiles imprescindibles. Tenemos que ir ligeros de peso. Podemos tomar fotos, todas las que necesitemos. Nadie irá solo a ningún sitio, ni siquiera a orinar. Nadie se adelantará ni quedará atrás. Si uno resulta herido, tendremos que dejarlo en los

túneles. ¿Han entendido las instrucciones?

Todos asintieron con las cabezas.

—¿Qué haremos con los soldados irlandeses? —preguntó uno de los soldados aprovechando que estaban lejos.

—Nos desharemos de ellos cuando llevemos diez horas de camino, si nos preguntan diremos que fueron aplastados en un derrumbamiento —dijo Rudel.

Los soldados irlandeses abrieron la puerta y entraron en el santuario, se dirigieron a una cripta debajo del altar mayor y juntos descendieron por unas escaleras de piedra hasta la sala en la que se encontraban los restos de varios abades.

—Hay un pozo en el exterior, pero esta entrada es mucho más grande. Por los informes que me han dado, debe tratarse de la chimenea de algún volcán que lleva inactivo más de 1500 años. El descenso por las paredes de la chimenea puede ser de 1000 o 2000 metros. Primero bajará uno de mis hombres y nos avisará de la profundidad —comentó Rudel.

—Espero que los túneles de ahí abajo sean muy anchos —bromeó Klaus.

Rudel le miró de reojo y con un gesto hosco pidió a sus hombres que abrieran el inmenso portón de madera. Cuando las dos inmensas hojas fueron removidas observaron algo parecido a un lago negro, su perímetro era de más de cinco metros cuadrados y tenía forma ovalada. Uno de los soldados lanzó una bengala y su luz iluminó el inmenso foso. Después la lanzó al vacío y observaron cómo caía por el abismo, tardó un par de minutos en golpear contra el suelo. Todos se miraron sorprendidos, no estaban seguros de que allí abajo se encontrara el purgatorio, pero ahora no dudaban de que estaban a punto de meterse en la misma boca del infierno.

CAPÍTULO 10

A CINCO HORAS DE CAMINO

Esperaron cuatro horas desde que las luces de los alemanes se vieron en la isla hasta que tomaron las lanchas inflables y atravesaron el lago. Aquella noche era de intensa luna llena y cielo despejado. El reflejo de la luz en las aguas les hizo pensar que aquel lugar en medio de la nada era realmente mágico. Arthur se acordó de su padre y sus interminables días de pesca. De aquellas salidas nocturnas venía su fobia al agua y los lugares cerrados. Una mañana que salieron a pescar al mar, la barca de su padre se encalló y los dos cayeron al agua. Arthur intentó sacar a su padre inconsciente del agua pero no pudo con él. Nadó con todas sus fuerzas para no morir ahogado y llegó a una zona escarpada, se refugió en una cueva, pero la subida de la marea comenzó a arrinconarlo, tuvo que introducirse en la cueva, pero el agua llegó a cubrir casi hasta el techo de la misma, pasando dos horas con la nariz en el único hueco que había dejado libre la marea.

Cuando llegaron a la isla se dirigieron directamente a la capilla sin encontrarse a nadie por el camino. Bajaron a la cripta y vieron las puertas abiertas del Purgatorio de San Patricio. Una cuerda sujeta en una argolla de hierro oxidado era el único resto que habían dejado los alemanes de su paso por el pozo.

—Parece muy profundo —comentó el oficial Lee.

—Espero que podamos salir de ese agujero —comentó Arthur.

Los soldados comprobaron las cuerdas, parecían seguras. Después descendió el primer soldado después de encender la linterna de su casco. Poco a poco fueron bajando todos los componentes del comando hasta el oficial Lee, que fue el último.

El pozo caía hasta unos dos mil metros, una gran altura, en la base había una única galería muy ancha que parecía descender de manera moderada y después más intensa. Caminaron durante cuatro horas por la galería. Se podía respirar bien, no había ni rastro de los alemanes y al ser la única galería, no había posibilidades de perderse. Eso tranquilizó en parte a Arthur, que comenzó a respirar con calma y concentrarse en el camino.

—Vamos en dirección suroeste —indicó Lee.

—Entonces no caminaremos debajo del océano —comentó Arthur.

—Bueno, me temo que eso es difícil de determinar —dijo Mark Covey.

—Sin duda, pero apenas llevamos unas horas de camino. El túnel desciende e imagino que al menos tardaremos un par de días o tres en llegar a alguna parte, si es que hay algo aquí abajo —comentó Lee.

Mientras seguían el sendero, Arthur intentó pensar en cómo se habrían sentido los

viajeros que les habían precedido. Ellos llevaban un equipo avanzado, comida y medicamentos, pero los viajeros que les habían precedido debieron hacerlo en situaciones mucho más desfavorables.

—Espero que encontremos ese mundo maravilloso —le dijo Agatha al ponerse a su altura.

—Nunca pensé que viviría una aventura parecida a la que describía Verne en su libro —contestó Arthur.

—¿Te imaginas un viaje a la Luna? —le preguntó Agatha.

—Eso es mucho más difícil, hemos conseguido surcar los cielos, pero salir del planeta parece casi imposible —le contestó.

—Lamento lo que pasó todos estos meses —dijo Agatha.

—Yo también, no me he portado muy bien contigo. El mundo académico es demasiado cerrado y todo el mundo chismorrea. No merecías ser la comidilla de todo Oxford —dijo Arthur.

—Creo que también hablaron de ti —bromeó Agatha.

—Sí, pero en este mundo la gente es mucho más dura con una mujer. Quiero que sepas que sigo queriéndote. Entiendo que no quieras saber nada más de mí, pero no puedo dejar de amarte. Eres lo mejor que ha pasado en mi vida —dijo Arthur intentado disimular la angustia que le invadía.

—Podemos ser amigos de nuevo. ¿Estás de acuerdo? El tiempo dirá que sucede. Mientras dure esta guerra, la vida de todos nosotros depende de un hilo —dijo Agatha.

—Nos concentraremos en salir con vida, pero luego te pediré la mano. No deseo vivir la vida si no es a tu lado —comentó Arthur.

El reflejo de los ojos de Agatha bajo el potente foco del casco, pareció brillar con más intensidad. Arthur observó aquellas dos esmeraldas que le miraban y supo que lucharía con todas sus fuerzas por salir con vida de allí. Una vez había escapado de la Francia ocupada; sería capaz de sacarla de las mismas entrañas de la tierra y devolverla a la superficie, aunque tuviera que morir en el empeño.

CAPÍTULO 11

UN DÍA EN LAS TINIEBLAS

A medida que las horas pasaban monótonas en las entrañas de la tierra, Arthur pensaba en cómo el cuerpo comenzaba a acostumbrarse al ritmo de descenso y al tenebroso paisaje de túneles que se sucedían interminablemente. Lee era el que indicaba los tiempos de descanso, las comidas y las raciones de agua que debían comer. La mayoría de ellos ya habían perdido sus ritmos biológicos habituales, pero continuaban comiendo y durmiendo por inercia.

Los túneles se estrechaban a medida que descendían y el calor comenzaba ser molesto, pero eso no parecía preocupar a Lee ni a sus hombres. Los mineros estaban acostumbrados a esas condiciones extremas.

Cuando se sentaron a comer, Agatha aprovechó para hacerle algunas preguntas al oficial.

—¿Aumentará la temperatura a medida que sigamos descendiendo? —preguntó la mujer.

—Hay diferentes teorías al respecto, una conocida como la gradiente geométrica defiende que a medida que nos acercamos al núcleo, la temperatura sigue creciendo. Según esta teoría el centro de la tierra puede superar 6700 pc —comentó Lee.

—Es increíble, eso significa que si continuamos el descenso terminaremos en un verdadero horno —dijo Agatha.

—Estamos hablando de miles de kilómetros de profundidad, el radio de la tierra tiene 3500 km. Todavía nos encontramos en la corteza y no creo que lleguemos al Manto superior. Si bajáramos del Manto superior es cuando podríamos tener problemas —comentó Lee.

—¿Cómo sabemos en qué parte estamos? —preguntó de nuevo Agatha.

—Para su tranquilidad le diré que primero deberíamos pasar la Litosfera, después la Corteza. Para que se haga una idea, el descenso debería de ser de entre 30 y 70 Km en la corteza terrestre, en este día puede que hayamos descendido 2 ó 3 km —comentó Lee.

—Nos queda una larga distancia, pero tengo entendido que la corteza oceánica es más fina, apenas de unos 6 a 12 km —comentó Arthur, que hasta ese momento había estado en silencio.

Lee se quedó un momento en silencio. Le molestaban las preguntas de los dos civiles. Él era el responsable del descenso y sabía perfectamente lo que hacía.

—Es difícil determinar lo que podemos encontrarnos. Ya iremos actuando según las circunstancias —dijo Covey, cuya experiencia en cuevas era amplia por su trabajo

como paleontólogo.

—De todas maneras, nuestras provisiones no dan para más de cuatro días de descenso —dijo Lee—, al cuarto día, si no hemos encontrado nada, volveremos sobre nuestros pasos. El ascenso siempre es más duro que el descenso.

—Será mejor que aprovechemos el tiempo —comentó Covey.

Descendieron durante dos horas antes de dormir. Aquel primer día había sido duro y todos se quedaron dormidos casi al instante.

CAPÍTULO 12

PRIMERA INCERTIDUMBRE

Una de las dudas que asaltaron a Klaus tras dos días de descenso fue la posibilidad de que se quedaran sin oxígeno. Esa duda comenzó a asaltarle y a veces sentía como si le faltara el aire. Tras dos días bajo tierra sin ver la luz del sol, parecía que nunca más saldrían de ese lugar apartado y oscuro del mundo.

Hans parecía algo más tranquilo que su compañero, aunque al ser un hombre de letras como su profesor, no dejaba de pensar en los peligros a los que se enfrentaban. Una cosa era leer plácidamente en el salón de tu casa una novela de aventuras y otra muy distinta meterse dentro de ella.

Dietmar Rudel, Lukas Peitz y la paleontóloga Bárbara Sigfried, parecían totalmente inmunes al temor y la angustia. Apenas hablaban, no se quejaban e incluso parecían disfrutar del viaje.

Klaus lo había pasado muy mal el día anterior. Tras retrasar el asesinato de los soldados irlandeses, Rudel mandó a dos de sus hombres que los entretuvieran en el fondo del túnel y allí mismo los degollaran. Klaus no había visto cómo los mataban, pero había escuchado sus gritos desesperados. Aquello le recordaba que seguía perteneciendo al club del mal y eso no le gustaba. No se consideraba un santo; en su época de estudiante, justo al finalizar la Gran Guerra, había pertenecido a grupo de extrema izquierda que había cometido todo tipo de atropellos en Hamburgo, pero nunca le gustó hacer daño a nadie y abominaba de aquella etapa fanática de su vida.

—Profesor Klaus, según el libro de Julio Verne, ¿cuántos días de descenso pasaron hasta llegar al centro de la Tierra? —preguntó Bárbara, poniéndose a su altura.

Klaus se enrojeció, pero la luz de las linternas le protegió del ridículo más espantoso. Tras su expulsión de la universidad había procurado hacer una vida de ermitaño. Sin trabajo ni futuro, no se atrevía a pedir a una mujer que compartiera el resto de su vida con él.

—No nos servirá mucho la referencia. Sí es cierto que el viejo alquimista que describe Verne entró por las cumbres de Sneffels, que estaban a unos 5000 metros de altura; nosotros hemos entrado casi al nivel del mal —dijo Klaus.

—Eso es cierto —comentó Peitz—, el tiempo se puede reducir en casi un día de descenso.

Peitz parecía el típico científico callado, en cierto sentido era el más parecido a Klaus, él estaba en el viaje por estrictas razones científicas, no tenía ningún interés en medrar en el régimen nazi, aunque Hitler y su lugarteniente Himmler, eran

conscientes de cómo manipular a ese tipo de personas.

—Lo cierto es que Verne habla de diez días de descenso —comentó Hans uniéndose a la conversación.

—¡Maldición! Nuestras provisiones son para cinco o seis días de descenso —dijo Peitz. Todos se quedaron sorprendidos por su reacción.

—No se preocupen, el agua es lo que más escasea, pero tenemos comida para diez días de descenso si es necesario. Seguro que encontramos alguna fuente subterránea —dijo Rudel.

Las palabras de Rudel no tranquilizaron a Klaus. Si conseguían agua para descender durante diez días, eso no aseguraba que consiguieran agua para ascender. Tenía cuarenta años, una vida miserable y nadie le echaría de menos si muriera, pero él continuaba aferrado a la vida. Klaus era del tipo de hombre que pensaba, que al final las cosas terminarían arreglándose y no le faltaba del todo razón.

CAPÍTULO 13

DESCENSO PELIGROSO

Hacía tres días que habían hallado los cuerpos de dos soldados irlandeses. Aquel triste descubrimiento les había confirmado que iban en la buena dirección, pero también el tipo de enemigos a los que se enfrentaban. ¿Qué harían cuando se encontraran con ellos cara a cara? Pensó al instante Arthur. De alguna manera, a tantos metros debajo de tierra a todos se les olvidaba que estaban en guerra y que competían por algo más que por un descubrimiento científico. Después de enterrar los cuerpos con piedras y hacer una breve oración, continuaron el viaje sin hacer comentarios sobre lo sucedido.

La monotonía de cada día únicamente se rompía en las livianas comidas y las horas de descanso. Nadie se quejaba, tampoco parecían asustados, aunque Arthur cada vez sentía más claustrofobia. Intentaba quitarse de la cabeza cualquier idea que le hiciera pensar que encima de él había cientos de miles de litros de agua o roca.

Al comienzo del cuarto día, cuando comenzaban a tener dudas de continuar con el descenso, algo sucedió. Caminaban por un túnel algo estrecho, muy empinado y en el que corría un ligero hilo de agua negra. El suelo estaba algo resbaladizo y por ello intentaban ir despacio. En un punto, la cuesta era tan empinada, que les costaba no deslizarse como en un tobogán.

En un punto, Agatha perdió el equilibrio y comenzó a descender a toda velocidad. La mujer intentó aferrarse a las paredes del túnel, pero lo único que consiguió fue desgarrarse las palmas de las manos. La joven gritaba mientras su cuerpo tomaba velocidad, justo en un punto, el túnel se dividía en dos, Agatha vio que se iba a chocar justo en el centro e hizo un esfuerzo por girar el cuerpo, que siguió deslizándose por el túnel derecho, hasta desaparecer.

Arthur y Covey se lanzaron por el túnel a toda velocidad. Descendieron con mucha fuerza, a veces golpeándose con las paredes de roca. Al llegar a la bifurcación continuaron por la frontal. Allí el tobogán natural se convertía de nuevo en un túnel más amplio de casi tres metros de altura. Caminaron durante dos horas sin encontrar a la mujer. Cuando el resto del grupo se reunió con ellos, las esperanzas de encontrar a Agatha parecían disminuir por momentos.

—Debió seguir descendiendo por el túnel lateral —comentó Lee.

—Eso significa que estamos a cuatro horas de ese punto, si ha seguido descendiendo, la distancia de ida y vuelta podría ser de ocho horas —comentó Covey.

—No podemos retroceder. Nuestras provisiones son limitadas y el agua está comenzando a escasear —dijo Lee.

—Yo iré a por ella —comentó Arthur.

—Usted es el especialista en Verne, no podemos perderle. Si se marcha, las horas de distancia seguirán aumentando, ya que nosotros continuaremos el camino —comentó Lee.

Arthur se puso furioso, se levantó y tomó su mochila. Dos soldados le detuvieron y le obligaron a sentarse.

—¿En qué nos diferenciamos de esos nazis? ¿Son capaces de dejar a una mujer posiblemente herida a su suerte? —preguntó Arthur.

—Buscarla puede suponer la muerte de todo el grupo —dijo Lee.

—Nuestra vida no vale nada si no somos capaces de sacrificarla por los demás —contestó Arthur.

—Entiendo sus sentimientos, pero la vida de Agatha tiene el mismo valor para mí que la de uno de mis hombres. Si le dejo ir, nos ponemos a todos en peligro, si mando a uno de mis hombres, le enviaré a una muerte segura —dijo Lee.

El profesor Arthur se llevó las manos a la cara para aguantar las lágrimas, después se tranquilizó poco a poco. Sabía que el oficial tenía razón. No podían hacer nada por ella sin ponerse todos en peligro.

Las siguientes horas fueron más fatigosas de lo normal. Todos se sentían desanimados, lo único que les mantenía constantes era la determinación de que la posible muerte de Agatha no hubiera sido en vano.

Al quinto día, tras casi veinticuatro horas sin saber nada de la joven, llegaron a una inmensa cueva que brillaba bajo la luz de las linternas. Aquel gran templo subterráneo, forrado de cuarzo, les hizo tener la primera sensación de que estaban acercándose a algo grande.

CAPÍTULO 14

LA GRAN BÓVEDA

Después de un día entero atravesando la gran bóveda de cuarzo, los alemanes comenzaron a sospechar que no llegarían a ninguna parte. Era triste, pero tras seis días de viaje no habían descubierto ni un indicio de que fueran por el camino correcto, pero lo peor de todo era que no habían encontrado agua.

Rudel pidió a sus hombres que se sentaran sobre las rocas y comenzó a comunicarles sus decisiones.

—Caminaremos un día más, será el séptimo que pasamos bajo tierra. Nos arriesgamos a no tener suficiente agua para la vuelta, pero debemos llegar al otro extremo de esta inmensa bóveda y descubrir si hay realmente un mundo interior. No sé qué nos esperará a la salida. Puede que la muerte, ya que tenemos órdenes de no regresar sin el descubrimiento del inframundo. No quiero engañarles. Si no encontramos la tierra hueca estamos muertos —dijo Rudel muy serio.

Las palabras del oficial no sorprendieron a Klaus. Los nazis y en especial las SS no eran un club de excursionistas. Creían que la palabra imposible no existía ni tampoco la palabra rendición. Él intentaba relacionar aquella sala con algo descrito por Verne o el manuscrito de Ame Saknussem.

Caminaron aquella jornada sin muchas esperanzas de encontrar agua o algún resto de los anteriores exploradores. Al final de la gran sala, el túnel se volvía a estrechar. Rudel estaba a punto de pedirles que dieran la vuelta, cuando Bárbara gritó algo:

—¡Agua! ¡Miren al fondo del túnel!

Se podía ver algo negro que se movía por el túnel, pero el sonido parecía inconfundible. Se lanzaron sobre el agua que apenas cubría un par de centímetros y bebieron ávidamente. Aquello aseguraba un par de días más de viaje hacia el centro de la Tierra, pero para nada confirmaba que estaban en el camino correcto o, lo que era peor, que realmente existiera aquel lugar descrito por Verne casi cien años antes. Klaus casi lamentó el hallazgo del agua ya que eso suponía un día más de descenso. Su cuerpo parecía sentirse al límite, pero la curiosidad siguió moviendo sus pasos un par de días más.

CAPÍTULO 15

DOS DESCUBRIMIENTOS

Nunca pasa nada bajo tierra, eso era lo que pensaba Arthur, que seguía profundamente deprimido por la desaparición de Agatha. Aquella gran sala le había quitado la sensación de claustrofobia, pero nada podía hacer nada por sus sentimientos de pérdida. Caminaron a paso lento durante un día entero. Aquella sala parecía interminable.

Covey era el primero del grupo. El sendero parecía seguro y a Lee se le veía relajado por primera vez. Covey escuchó algo parecido a un chapoteo a su izquierda.

—Permiso para salir del sendero —dijo Covey.

—Cinco minutos. Soldado Laurent, acompaña a Covey.

Todos se sentaron a descansar, mientras los dos hombres iban a ver de dónde provenía el ruido. Habían caminado cien metros cuando vieron una gran charca de agua. Covey paró al soldado que se lanzó al agua para beber. Tomó un poco en la mano, después olisqueo y la arrojó de nuevo.

—No es potable —comentó al decepcionado soldado.

Miraron al otro lado de la charca, unos chapoteos les llamaron de nuevo la atención. Como no era muy profunda, caminaron por la charca hasta donde las rocas parecían ocultar algo. Vieron una figura en el agua, corrieron hacia ella y para su asombro descubrieron el rostro sucio y arañado de Agatha.

La sacaron del agua rápidamente y la llevaron hasta el resto de sus compañeros. La mujer aún respiraba, pero estaba completamente inconsciente. No llevaba la mochila y su ropa estaba en parte rasgada.

Cuando Arthur les vio acercarse con el cuerpo de la mujer corrió hacia ellos. Tras dejarla en el suelo, Covey la examinó rápidamente.

—Denle agua —dijo Arthur desesperado.

Acercaron un poco de agua a los labios y ella pareció revivir por momentos. Tosió un poco, pero después lograron que se incorporara y tomara unas galletas.

Unas dos horas más tarde, Agatha parecía encontrarse algo mejor. Había recuperado la consciencia y las fuerzas.

—¿Cómo me encontraron? —preguntó la mujer para sorpresa de todos.

—Estaba en una charca cerca de aquí —le dijo Covey.

—No recuerdo mucho. Después de descender durante casi un día por ese interminable tobogán, llegué a un túnel, caminé dos días, terminé con mis provisiones y el agua. Creo que la desorientación y el miedo me hicieron creer que los días eran más cortos —comentó Agatha.

—Es normal en su situación —dijo Lee.

—Al final caminé sin rumbo hasta que hace unas horas tropecé y me caí por un pequeño terraplén, perdiendo el conocimiento —dijo Agatha.

Lee les ordenó a todos que la dejaran descansar y después pidió a Covey y Arthur que se acercaran para hablar con él.

—¿Tiene algo roto? —preguntó el oficial.

—Afortunadamente todos son rasguños y una muñeca torcida —le dijo Covey.

—Gracias a Dios. Agatha ha perdido sus provisiones de agua y comida, eso nos resta un día de viaje. Les comunico que si no encontramos agua antes de veinticuatro horas regresaremos —dijo Lee.

—Lo entendemos —comentó Arthur.

Descansaron cinco horas y reanudaron el viaje. Agatha no podía caminar muy deprisa, pero con la ayuda de Arthur logró mantener el ritmo del resto del grupo. Justo cuando terminaba la gran bóveda vieron un túnel más pequeño del que fluía agua. Tras analizarla brevemente, todos pudieron saciar su sed. Tras refrescarse continuaron la caminata, pero un grito de Covey les alertó.

—¿Qué sucede? —preguntó el oficial Lee tras retroceder a la altura de Covey.

—Miren lo que he encontrado —dijo mientras sostenía una correa rota en sus manos.

—Esto pertenece a los alemanes —dijo Lee mientras revisaba la correa.

—Están muy cerca. Tenemos que tener cuidado, es mejor que nosotros les encontremos a ellos, a que ellos nos encuentren a nosotros —comentó Arthur.

—Mandaremos dos exploradores que irán dos horas por delante de nosotros, para avisarnos de cualquier peligro —ordenó Lee.

Desconocían si se estaban acercando a su objetivo, pero habían casi alcanzado a los alemanes y el encuentro entre ambos parecía inevitable. Debían estar preparados para cualquier cosa.

CAPÍTULO 16

ASOMBROSO

Una pequeña luz comenzó a verse al fondo del túnel. Klaus recordó inmediatamente la luz que los personajes de Julio Verne vieron poco antes de llegar a la Tierra Hueca. Prefirió no decir nada al resto del grupo, para no infundirles falsas esperanzas, pero Hans se acercó a él y le susurró al oído:

—Creo que esa luz podría venir de la Tierra Hueca.

Se acercó a ellos el comandante Rudel y les preguntó si se habían percatado de la luz que se veía tenue al fondo del túnel.

—Sí, señor. Puede que sea una salida a la superficie —comentó Hans.

—¿Una salida a la superficie? No hemos dejado de descender en 10 días. Sea lo que sea, está debajo de la tierra —dijo con rotundidad Rudel.

Klaus hizo un gesto con la cabeza, pero pidió a su viejo alumno que lo mantuviera en secreto. Caminaron todo el día, mientras la luz parecía hacerse cada vez más grande. Las fuerzas parecían agotarse y todos tenían la sensación de que aunque intentaran regresar en ese momento era demasiado tarde para desandar el camino.

Al mediodía de la décima jornada del viaje escucharon ruidos y contemplaron como la claridad crecía. Ya nadie dudaba que al fondo del túnel hubiera una gran luz. Al menos casi tan potente como la luz del sol.

Aceleraron el paso con la esperanza de llegar antes a la luz. Tras tantos días en las tinieblas, todos sus corazones comenzaron a animarse. Les quedaba una mínima esperanza de no morir solos y abandonados en mitad del centro de la Tierra.

Klaus comenzó a correr en el último tramo. Era peligroso, ya que el suelo seguía empapado por el hilo del agua que les había acompañado desde la gran sala abovedada, pero tenía que ser el primero en ver, lo que cien años antes Julio Verne había descrito. Cuando llegó al final del túnel y sintió la brisa en la cara, cerró los ojos ante la intensa luz. Notó como la claridad penetraba por sus párpados y el calor en las mejillas. Abrió lentamente los ojos hasta que sus pupilas se quedaron extasiadas ante el espectáculo que contemplaron sus ojos. Lo único que pudo exclamar con los ojos anegados en lágrimas fue.

—Dios mío, Julio Verne tenía razón.

CAPÍTULO 17

PRIMERAS HORAS EN EL PARAÍSO

El paisaje exuberante de la Tierra Hueca les dejó sin palabras. El único que había imaginado aquel lugar era Klaus. Sus continuas lecturas de Julio Verne y su famoso libro Viaje al centro de la Tierra, le habían permitido hacerse una idea de cómo sería aquel lugar, pero el propio profesor de literatura francesa se veía sobrepasado. Hasta ese momento siempre había pensado que el lugar descubierto por el profesor Lindenbrock y su sobrino Axel, no dejaba de ser uno de esos lugares imaginarios que únicamente pueden existir en la mente del ser humano, pero contemplarlo con sus propios ojos era algo increíble.

Lo primero que sintieron al llegar al final del túnel fue una brisa húmeda y calurosa, muy parecida a la de un país tropical. La luz era nítida, clara y brillante. Al principio les costó adaptarse a la luminosidad después de casi diez días viviendo en las tinieblas. La segunda sensación que experimentaron fue el aroma a flores. Aunque lo que conquistó totalmente su corazón fue la inmensa selva que crecía a sus pies.

La temperatura rondaba los 25 grados, el cielo no era azul, tenía un tono rosado como el crepúsculo de un día caluroso, había una niebla baja, que formaba nubes de colores azulados, que descargaban de manera torrencial. El relieve parecía acusado, con pequeñas montañas que terminaban en valles frondosos. No se veían animales a excepción de algunas aves de vivos colores que se parecían a los periquitos, los agapornis y las cotorras, pero de un tamaño mucho mayor.

—¿Descendemos? —preguntó Rudel, sacando a todos de su ensimismamiento.

Hans miró el abismo, estaban a unos doscientos metros de altura. Los soldados prepararon las cuerdas y comenzó el descenso. Cuando pisaron tierra firme les sorprendió que la selva nublada opacara la luz en gran medida.

La expedición se adentró por la selva. Dos soldados abrían el camino con sus machetes, mientras el resto no dejaba de fotografiar y observar lo que tenían a su alrededor.

El científico Lukas Peitz y la paleontóloga Bárbara Sigfried parecían totalmente extasiados.

—¿En qué etapa o edad cree que está esta selva? —preguntó Peitz a Bárbara.

—Es difícil saberlo todavía, pero por algunas especies parece de la familia de las cycadophyta y las bennettitales. Mire esos árboles, son ginkgos, están casi extinguidos en la actualidad, únicamente se dan en algunas partes de China —comentó la mujer.

—¿Qué tipo de animales podemos encontrar? Verne habla en su libro de insectos

gigantes, un rebaño de mastodontes, incluso de hombres gigantes —comentó Klaus.

—Lo cierto es que en el Jurásico los animales más comunes son los cocodrilos, varios reptiles arcosaurios, pero también diplodocus, brachiosaurus, aunque los peligrosos puede ser los allosaurus —comentó Bárbara.

—¿Cómo de peligrosos? —preguntó Hans.

—Son carnívoros, de un gran tamaño, unos nueve metros de altura. Son bípedos, alcanzan gran velocidad y sus garras y dientes son terribles —comentó Bárbara.

No había terminado de hablar cuando un archaeopteryx pasó sobre sus cabezas. Bárbara intentó fotografiarle, pero no le dio tiempo.

—Que animal más feo, es un pájaro con dientes —comentó Rudel.

—No son peligrosos a pesar de ser tan feos —dijo Bárbara.

El grupo llegó a un claro de la selva y pudieron observar un espectáculo increíble. En una laguna cercana había pastando y bebiendo todo tipo de dinosaurios. Desde una manada de pequeños y juguetones compsognathus a los inmensos braquiosaurios y brontosaurios.

Bárbara y Peitz aprovecharon para hacer fotografías de las manadas y observarles de lejos. Klaus no dejaba de mirar a aquellos increíbles animales desaparecidos hacía miles de años. Aún no eran conscientes de los peligros que les acechaban.

CAPÍTULO 18

LA LLEGADA A LA TIERRA HUECA

El paso entre los mundos fue más rápido de lo que hubieran esperado. La Tierra Hueca conservaba toda la belleza del pasado, pero también algunos de sus terribles peligros. Arthur y Agatha parecían extasiados ante el espectáculo, mientras que Covey no paraba de observar con los prismáticos aquel increíble inframundo.

—Existía en realidad —comentó Arthur.

—¿Lo dudaste? —preguntó Agatha en broma. En las últimas horas había recuperado parte de sus fuerzas y ahora que salía de nuevo al aire libre se sentía mucho mejor.

—Las plantas proporcionan el oxígeno, pero ¿de dónde viene la luz? —preguntó Lee intrigado.

—Algunas teorías hablan de que podría ser del propio núcleo de la tierra, otras en cambio piensan que se trata de un techo de rocas transparentes que dejan pasar la luz del sol a través del océano, aunque esto es imposible dada la profundidad a la que nos encontramos —comentó Covey.

—Entonces, ¿eso significa que hay día y noche como en la superficie? —preguntó Agatha.

—Si eso fuera verdad, sí habría día y noche, pero yo me inclino a pensar en otra de las teorías —comentó Covey.

—¿Qué teoría? —preguntó Arthur, imaginando que se parecería a la que Julio Verne describió en su libro.

—Algunos científicos han comentado que ese sol interior podía estar formado por una especie de gran bobina de luz electromagnética, que atrae todas las partículas luminosas o fotones que vienen del sol. La luz es de color —dijo Covey.

—Será mejor que avancemos —comentó el oficial Lee—, no quiero quedarme en mitad de esa selva si se hace de noche.

El grupo descendió hasta la selva y a cada paso que daban, las sorpresas eran aún mayores. Después de un par de horas de viaje, los exploradores británicos habían observado más especies nuevas que en los últimos cuarenta años de investigaciones. Covey parecía extasiado mientras aves prehistóricas, dinosaurios y grandes insectos se cruzaban en su camino, la mayoría de veces ignorando su presencia.

—No puede tomar muchas muestras —le advirtió Lee a Covey cuando este se paró a coger algunas semillas y huevos.

El paleontólogo frunció el ceño, pero obedeció las órdenes. Aún quedaba un duro regreso a la superficie y no podían viajar muy cargados, ya tendrían la oportunidad de

regresar más adelante.

Las teorías que hablaban de un sol interior eran ciertas. No se hizo de noche, aunque se atenuó un poco la luz. Aquel mundo vivía 24 horas sin descanso, pero ellos se sentían exhaustos. Lograron llegar a un pequeño claro de la selva y montar allí su campamento. Era la primera vez que dormían en tiendas. Pudieron lavarse en una charca cercana y disfrutar del viaje.

Mientras uno de los soldados preparaba la cena, el resto se sentó alrededor de una hoguera.

—Es tal y como lo describió Julio Verne —dijo Arthur sin poder dejar de observar la exuberante belleza que le rodeaba.

—Sin duda aquí se conserva buena parte de la vegetación y la fauna que se perdió tras el Jurásico. ¿Creen que puede haber entradas más grandes al inframundo? —preguntó Covey.

—Algunas teorías de la Tierra Hueca hablan de dos posibles grandes entradas en los polos —comentó Arthur.

—¿En los polos? —preguntó Lee.

—Sí, allí habría dos grandes entradas —dijo Arthur.

—Pero, si hubiera ese tipo de entradas. ¿No podrían escapar estos animales a la superficie? —preguntó Lee.

Escucharon un fuerte crujido, como si uno de aquellos gigantescos árboles se hubiera partido por la mitad y se pusieron en guardia. Cuatro Allosaurus aparecieron entre los árboles. Su tamaño era colosal, medían unos 12 metros de altura. Los Allosaurus les observaron con sus pequeños ojos rojos y abrieron sus enormes fauces en señal de ataque.

Lee tomó su fusil y apuntó a los dinosaurios, Covey empujó el arma hacia abajo y gritó al oficial:

—¡No, quieto!

Pero fue demasiado tarde, la bala se incrustó en el suelo, pero el estruendo del disparo enfureció a los dinosaurios que se lanzaron a por ellos.

CAPÍTULO 19

ATAQUE

El sonido de la bala se escuchó a varios kilómetros a la redonda. Aquella inmensa cúpula que imitaba al firmamento no dejaba de ser un gigantesco amplificador de sonidos. Klaus se despertó sobresaltado como el resto de sus compañeros.

—¿Han escuchado el disparo? —preguntó Hans.

—Sí, aunque lo que no entiendo es quién lo hizo —dijo Rudel. Mirando a todos sus hombres.

—¿Dónde está nuestro guarda? —preguntó Klaus.

—Estoy aquí, señor —dijo el soldado al que le había tocado el primer turno de vigilancia.

—Eso solo puede significar una cosa. Los ingleses han encontrado la entrada y nos han seguido —comentó Klaus.

—Será mejor que unos pocos se queden aquí y yo vaya con cinco hombres para ver qué sucede —dijo Rudel.

—Oficial Rudel, usted es un experto espeleólogo, pero yo soy el responsable de la expedición científica —comentó Klaus—, prefiero que no nos dispersemos.

—Está bien, pero ponemos en peligro el material —comentó Rudel molesto.

—Que dos hombres y la señorita Bárbara se queden en el campamento —dijo Hans.

—Yo voy con ustedes —dijo Bárbara.

—El cabo Adolf y el soldado raso Herman se quedarán en el campamento, el resto síganme por favor —dijo Klaus tomando su rifle.

Después de los disparos se escucharon algunos ruidos y más disparos. No era fácil orientarse en medio de la selva, pero el sonido de los fusiles les guio hasta que llegaron a un claro. La luz les cegó unos momentos, pero cuando lograron adaptar sus ojos a la claridad, el espectáculo que observaron les dejó estupefactos.

Una decena de hombres corrían y disparaban a cuatro inmensos Allosaurus. Uno de aquellos dinosaurios carnívoros tenía entre sus fauces a un soldado británico, mientras que otro monstruo desgarraba con sus garras a un segundo soldado. Las balas parecían apenas dañar la dura piel de los dinosaurios.

Klaus tomó una de sus granadas y las lanzó a uno de aquellos monstruos. El dinosaurio quedó destrozado tras la explosión, con las piernas separadas del tronco, pero el resto de sus compañeros no huyeron, como esperaba el profesor alemán. Al revés, se volvieron hacia ellos y comenzaron a atacarles. Antes de que les diera tiempo a reaccionar, uno de los Allosaurus ya había atrapado entre sus dientes a un

soldado alemán.

El más grande de los dinosaurios se dirigió hacia Klaus y cerró sus fauces a escasos milímetros de su costado. El profesor se lanzó a un lado, pero su ropa había quedado enganchada en los grandes colmillos y el dinosaurio lo zarandeó en el aire como si fuera un muñeco de trapo. Unos segundos más tarde, salió despedido hacia el follaje que rodeaba al campamento, perdiendo el conocimiento.

CAPÍTULO 20

UNIÓN

Los Alosauros lucharon ferozmente hasta el último aliento. El oficial Lee logró derrumbar al segundo dinosaurio disparando a las patas y después le introdujo una granada de mano por la boca. El tercer monstruo fue abatido a base de machetazos y disparos y el último escapó herido. Cuando terminó la lucha, sobre el suelo arcilloso del campamento había diez cuerpos, seis de los soldados británicos y cuatro alemanes.

Entre los británicos habían caído los cinco soldados y el paleontólogo Covey. En el bando alemán, las bajas las componían tres soldados y el especialista Lukas Peitz.

Rudel apuntó a los soldados británicos y les pidió que dejaran las armas. Entre los supervivientes estaba un soldado raso gravemente herido, Arthur y Agatha que estaban completamente ilesos y Lee, que tenía varias heridas en la cabeza. Los alemanes también tenían varios heridos, el propio Klaus que tenía varias costillas rotas, Hans había perdido un ojo y un soldado alemán con las dos piernas fracturadas.

—Ahora son mis prisioneros. No podemos llevarnos a los heridos graves —comentó Rudel, mirando a los dos soldados tendidos en el suelo.

—No puede dejarlos aquí —comentó Klaus, que a pesar de sus heridas podía caminar.

—Lo lamento, pero es mi deber. No se preocupe, no les dejaremos a merced de las alimañas —dijo el oficial Rudel, después saco su Luger y disparó a la cabeza del soldado alemán y después del británico.

Todos le miraron sorprendidos, pero nadie se movió. El oficial ordenó al grupo que tomara todo el material aprovechable y que comenzara a caminar hacia el otro campamento.

En el camino, aprovechando la espesura de la selva, el oficial Lee corrió entre los árboles.

—¡Se escapa! —gritó uno de los soldados.

Los soldados dispararon sus ametralladoras, pero el oficial británico consiguió huir.

—Déjenlo. No creo que sobreviva mucho tiempo herido y en medio de esta selva —dijo Rudel.

—Me parece inconcebible lo que ha hecho con los heridos —comentó Klaus.

—¿Quiere que haga lo mismo con usted? Será un estorbo en el viaje de regreso, pero tengo órdenes de Himmler de llevarlo con vida —dijo el oficial—, aunque a veces no se pueden cumplir las órdenes.

El grupo llegó hasta el campamento alemán. Los dos soldados y la mujer les esperaban impacientes. Al verlos llegar, Bárbara se acercó a Klaus y le ayudó a sentarse.

—No tenemos mucho tiempo. Este lugar es muy peligroso. Tienen que usar sus brillantes cerebros y decirnos cómo salir de aquí —dijo Rudel mientras extendía un mapa de Europa.

Se hizo un silencio largo e incómodo, después Klaus, Arthur y Agatha se inclinaron sobre el mapa y comenzaron a planear una manera de regresar a la superficie sanos y salvos.

CAPÍTULO 21

PLAN DE FUGA

Arthur intentaba poner su mente lo más atenta posible. Tenían dos problemas que resolver. El primero era escapar del inframundo y regresar a la superficie. Ya sabían lo que había bajo tierra. Si el gobierno británico quería, podían regresar en una expedición posterior y examinar en detalle aquel mundo misterioso. El segundo problema era cómo liberarse de sus captores. Aquel oficial de las SS parecía capaz de cualquier cosa. No dudaría en matar a todos cuando ya no le fueran necesarios. El otro oficial herido, el profesor Klaus, con el que había tenido un encontronazo en Francia, parecía más razonable.

—Según la novela de Verne, atravesaron una especie de mar interior en una balsa y llegaron a otra orilla, desde allí ascendieron por un túnel gracias a una erupción hasta las tierras italianas de Estrómboli, una pequeña isla cerca de Sicilia —comentó Klaus.

—Pero, si no me fallan las cuentas, hay unos 3500 kilómetros de Irlanda a Sicilia. No creo que en estos días hayamos caminado más de 40 kilómetros diarios, unos 400 kilómetros en total —comentó Hans.

—Es cierto, pero a eso hay que sumar otros 10 km por la selva y si navegamos, podríamos hacer 3000 kilómetros en aproximadamente unas 55 horas, si conseguimos una velocidad de 30 nudos —comentó Rudel.

Todos le miraron sorprendidos. No creían que tuviera experiencia marítima.

—El viento es constante en esta Tierra Hueca, por eso no creo que encontremos problemas para hacer la travesía. Lo difícil es hacer una balsa resistente en la que entremos todos y una vela —dijo Bárbara, que hasta ese momento había permanecido callada.

—Mañana caminaremos en busca de ese mar. Después resolveremos el problema de la balsa. Ahora será mejor que descansen —comentó Rudel.

Arthur no pudo dormir. Su cabeza parecía una olla a punto de explotar. Sentía haber llevado a Agatha aquella situación y no encontraba una salida. ¿Qué sucedería si el mar interior era una simple fantasía de Verne? ¿Cuánto tiempo podrían resistir en aquel mundo bajo tierra? Arthur se acordó de las palabras de su buen amigo el profesor Tolkien: «Solo atravesando la noche se llega a la mañana».

CAPÍTULO 22

LAS OLAS

Mientras todos dormían menos los dos soldados alemanes que custodiaban el campamento, Arthur se acercó despacio a Agatha. Los dos estaban tumbados al lado, con una pequeña manta de lana y la mochila por almohada.

—Agatha, ¿estás despierta? —susurró Arthur.

—Sí —contestó la mujer.

—Tengo un plan para escapar. El oficial Lee está en algún punto, pero es inútil buscarle. Los cálculos que hemos hecho son erróneos. No creo que la salida esté en esa isla cerca de Sicilia. Verne falseó la puerta de entrada al inframundo, ¿por qué iba a poner el lugar real de salida del inframundo? —dijo Arthur.

—¿Entonces?

—Creo que el mar interior es más pequeño de lo que calculamos. En menos de un día estaremos en la otra orilla. Como ellos no lo saben, nos tiraremos al mar cuando queden dos o tres kilómetros —comentó Arthur.

—¿Qué sucederá si te equivocas? No deja de ser una simple teoría —señaló Agatha.

—Ese nazi nos matará de todas maneras, prefiero morir ahogado que a manos de ese sádico —contestó Arthur.

Los alemanes comenzaron a levantarse y el hombre se apartó de la mujer poco a poco. Después tomaron un desayuno muy ligero y continuaron camino. Cuatro horas más tarde escucharon un fuerte sonido y pensaron que estaban cerca de la costa.

Caminaron sin descanso quince minutos más, hasta que vieron a lo lejos lo que parecía un mar de color verdoso. Rudel se adelantó con uno de sus hombres para examinar el lugar. El oficial caminó confiado entre los gigantescos helechos sin sospechar, que habían llegado a lo que parecía un altísimo acantilado. Estuvo a punto de caer al vacío, pero logró aferrarse a una rama y volver a tierra firme.

Cuando el resto del grupo llegó al borde del acantilado, Rudel y su ayudante ya habían preparado unas sogas para bajar el material y al resto de los soldados.

Dos horas más tarde, estaban todos frente a un inmenso mar, las olas rugían con potencia en la orilla. La playa se extendía varios kilómetros por cada lado hasta perderse la vista. La única vegetación próxima al agua eran unas inmensas palmeras.

—Fabricaremos una gran balsa y con las lonas de las tiendas haremos las velas. El barco tiene que estar listo para mañana —ordenó Rudel.

—Estamos agotados, no podremos hacerlo en un día —se quejó Arthur.

—Ese no es mi problema. Si mañana no está terminada, mataré a uno de ustedes

—le amenazó el oficial alemán.

Dos soldados se quedaron de guardia, mientras el resto de británicos y alemanes intentaban construir la balsa. Klaus diseñó un modelo bastante liviano, pero que parecía resistente, mientras Bárbara y Agatha se encargaban de fabricar las velas. A última hora de la tarde, la balsa estaba terminada.

—Ahora carguen todo en la nave —ordenó Rudel.

Nadie se quejó, se limitaron a cargar todo en la balsa y cuando terminaron, Rudel ordenó que desplegaran las velas. La balsa comenzó a moverse lentamente, cuando se escuchó un disparo. Todos se giraron y vieron al oficial Lee disparando desde una palmera cercana. Varios soldados respondieron al ataque, pero el oficial les detuvo.

—No desperdicien más balas. No puede alcanzarnos, ya darán buena cuenta de él las alimañas que hay en esta gigantesca cueva.

Arthur vio como la figura de Lee se hacía cada vez más pequeña en el horizonte, hasta que la propia playa desapareció y se adentraron mar adentro.

Mientras descansaban en la parte delantera, Arthur le contó su plan al único soldado inglés que había sobrevivido. Después miró su reloj e hizo un cálculo de la velocidad del barco, navegan a unos 30 nudos. La verdadera distancia de la otra orilla no podía estar mucho más lejos de 30 horas de navegación. Ahora solo cabía esperar a llegar a la distancia suficiente.

CAPÍTULO 23

A DOCE HORAS DE LA LIBERTAD

Agatha se sentía muy inquieta. Era una gran nadadora, pero temía el tipo de monstruos que podían albergar aquellas aguas y sobre todo, no poder mantenerse dos horas a flote. Estaban agotados, su alimentación era muy frugal y llevaba casi un año sin nadar. Intentó respirar hondo y concentrarse en la orden que tenía que darles Arthur, aunque pensaba que en el último momento, no sería capaz de seguirle.

El amor es algo extraño, como una especie de enfermedad que comienza infectándote y termina por dominar cada parte de tu cuerpo. No podía negar que amaba a Arthur, aunque eso le llenaba más de inquietud que de tranquilidad.

Arthur miró a la mujer y le hizo la señal indicada, llevaban 28 horas sentados en la misma postura, sin comer y con el frío metido en el cuerpo. Agatha intentó moverse, pero sus piernas estaban dormidas. ¿Cómo se iba a lanzar por la borda y nadar dos horas con las piernas en ese estado? Se preguntó.

El soldado se puso en pie y se lanzó al agua, después se levantó Arthur y la miró. Ella hizo amago de levantarse, pero estaba paralizada por el miedo. Él la agarró de la mano, Agatha se puso en pie, pero el chapoteo del primer nadador había puesto en guardia a los soldados alemanes y Rudel atrapó el tobillo de la mujer antes de que saltase al agua. Arthur soltó a Agatha y pegó una patada en el brazo del alemán que soltó su presa. Después empujó a la mujer y, antes de lanzarse él mismo al agua, agarró una de las mochilas y se lanzó al agua.

—¡Maldita sea! —gritó el oficial alemán.

Klaus miró a los ingleses y en cierto sentido se alegró por ellos, Rudel no era el tipo de hombres que hacia prisioneros.

—¿Por qué se han lanzado? ¿Están locos? —gritó Bárbara, que estaba al lado de Klaus.

—Eso solo puede significar una cosa. Estamos más cerca de la costa de lo que pensábamos. No tardaremos mucho en llegar —comentó Klaus.

Rudel le miró sorprendido. No entendía cómo habían hecho tan mal los cálculos entre las dos orillas.

—La explicación está en el libro. Verne no puso la verdadera salida del inframundo, al igual que nos mintió con la entrada. Estamos a una o dos horas de la orilla y no creo que a más de diez de la salida a la superficie —dijo Klaus adivinando los pensamientos del oficial.

—¿Por dónde saldremos? —preguntó Hans, que desde la pérdida de su ojo parecía muy apesadumbrado.

—Si no me fallan los cálculos estamos a unos 1400 kilómetros de la entrada. El radio de volcanes activos no es muy grande, pero no creo que estén muy lejos. Tal vez en Francia o incluso en Alemania —comentó Klaus.

En ese momento la balsa sufrió una sacudida y todos tuvieron que aferrarse al mástil y la carga atada para no caer al agua. Cuando Klaus levantó la vista se quedó petrificado. Del agua emergía un monstruo marino de dientes afilados. Bárbara gritó mientras miraba fascinada al dinosaurio:

—¡Es un Pliosaurus!

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Rudel.

—Es el reptil marino más grande del Jurásico, tiene más de 18 metros de largo y pesa 50 toneladas, puede hundirnos con un simple coletazo y partir la balsa en dos con sus mandíbulas —dijo Bárbara con los ojos muy abiertos, como si intentara pensar que estaba teniendo una pesadilla.

Los soldados comenzaron a disparar con sus ametralladoras, pero eso enfureció más al monstruo, que se lanzó a por la balsa. El Pliosaurus golpeó con la cola la endeble embarcación y la partió por la mitad. Todos cayeron al agua, a excepción de Bárbara, Hans y Klaus que se aferraron a una de las partes de la balsa, que tras unos segundos sumergida volvió a salir a flote.

Klaus miró atónito como el monstruo tragaba de un solo bocado a uno de los soldados y después descuartizaba a otro. Después se giró y fue directamente a por ellos, la balsa se volcó y los tres quedaron por debajo de los largos troncos de madera.

CAPÍTULO 24

NADANDO

Escucharon a sus espaldas los bufidos de algún inmenso pez, pero no se molestaron en girarse. Fuera lo que fuera lo que tenían detrás, era mejor alejarse lo más rápido de él. Arthur y sus dos compañeros nadaron con todas sus fuerzas. El hombre no perdió de vista ni un segundo a Agatha, que parecía agotada. La mujer no resistió las dos horas nadando; a la hora y media tuvo que sujetarse a Arthur para mantenerse a flote.

Cuando Agatha miró por encima del brazo de Arthur pudo ver una pequeña franja de tierra. Estaban llegando a la otra orilla. Media hora más tarde, sus cuerpos descansaban sobre la arena. El hombre respiraba aceleradamente, mientras que Agatha había logrado recuperar fuerzas y sentarse para contemplar el bosque que tenía enfrente de ella. Había árboles enormes, parecidos a abetos y pinos, pero de una especie mucho más primitiva.

Arthur se incorporó y buscó a un lado y el otro de la playa al soldado, pero no vio ningún cuerpo sobre la arena.

—¿Dónde está el soldado? —preguntó el hombre.

—No debe haber sobrevivido. Si no fuera por ti, yo misma estaría en el fondo de ese mar verdoso —comentó la mujer.

—No podemos esperar mucho ni recorrer la costa buscándole. No creo que tarden mucho en llegar los nazis —dijo Arthur.

Se pusieron en pie. Estaban agotados, pero no tenían ningún hueso roto y aún conservaban la mochila. Comieron un poco de chocolate y después Arthur llenó la cantimplora en el agua. Tras varias horas nadando, sabían que aquellas aguas eran dulces.

Caminaron hacia el bosque, que no era tan frondoso como el otro ni parecía tan poblado por animales. Caminaron tres horas antes de llegar a una altísima pared de roca.

—No hay salida —comentó Agatha.

—Tiene que haber una. Julio Verne dice en su libro...

—¡Maldita sea! Julio Verne nos metió en este lío, en qué mala hora le hicimos caso —comentó Agatha nerviosa.

—Nadie nos obligó a entrar en las entrañas de la tierra, pero gracias al libro de Verne hemos llegado hasta aquí y él nos sacará de este atolladero —dijo Arthur enfadado.

El profesor intentó recordar los últimos capítulos de Verne. Tenía que haber una cueva en alguna parte y cerca de ella un volcán. Desde allí tendrían que acceder a un

geiser, pero ellos ya no tenían la balsa como en el libro y la temperatura del agua los mataría. Tampoco podían ascender durante siete u ocho días. Sus provisiones eran muy escasas y en menos de dos días se agotarían por completo.

CAPÍTULO 25

TRAS LAS HUELLAS

Klaus, Hans y Bárbara lograron llegar a tierra firme sobre los restos de la balsa. Observaron que otros fragmentos del barco habían llegado y dos cuerpos amoratados. Uno era de un soldado inglés y el otro el de Rudel. No sintieron mucha pena al ver a su camarada muerto, pero tampoco alivio. Ninguno de los tres era espeleólogo y no sería fácil regresar a la superficie.

Bárbara encontró unas huellas de pies en la arena y los tres se internaron en el bosque. No prestaron mucho interés a lo que les rodeaba. Aunque a Bárbara no se le escapó que aquellos bosques eran más parecidos al Cretácico que al Jurásico, incluso a la etapa Cenozoica.

—Puede que aquí haya algunos dinosaurios más peligrosos que en la otra orilla —comentó Bárbara.

—¿Más peligrosos? —preguntó sorprendido Hans.

—Sí, el peor de todos es el Velociraptor. Es muy agresivo, corre muy rápido y es inteligente. Espero que no nos encontremos con él —dijo Bárbara.

Caminaron varias horas hasta llegar a la pared de roca. Caminaron por ella en busca de alguna entrada, pero no encontraron ninguna. Agotados, subieron a uno de los árboles para descansar. Apenas llevaban media hora cuando escucharon gritos claramente humanos. Después vieron como pasaban corriendo debajo de ellos a Arthur y Agatha, detrás había tres Velociraptores.

Hans tomó su fusil y por su único ojo bueno apuntó a los animales. Acertó en la cabeza de uno de ellos, que cayó muerto al suelo, los otros dos se pararon en seco y comenzaron a devorarlo.

—¡Suban aquí! —gritó Bárbara.

Ascendieron hasta el inmenso árbol y se sentaron junto a los alemanes.

—Nos alegra que se encuentren bien —dijo Klaus.

—Lo mismo digo —comentó Arthur.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó impaciente Hans.

—No lo sé amigo, estoy totalmente bloqueado —dijo Klaus mientras se apoyaba en el tronco del árbol.

CAPÍTULO 26

LA CUEVA Y SU MISTERIO

Al día siguiente bajaron del árbol y comenzaron a caminar hacia el norte. Klaus y Arthur comentaban sin cesar los últimos capítulos de Verne, pero sin llegar a una conclusión. Entonces observaron que a unos kilómetros se divisaba humo. Caminaron durante media hora, después se acercaron sigilosamente a una gran explanada y se quedaron sin palabras. Frente a ellos había una gigantesca ciudad construida en las ramas de aquellos árboles milenarios. Puentes colgantes comunicaban los edificios y en el suelo había una especie de chozas que guardaban a los animales.

—¡Una ciudad! —exclamó Hans.

—Verne habló de esa posibilidad en su libro —dijo Arthur.

—Simplemente lo dejó entrever cuando describió el cráneo humanoide en la arena —apuntó Klaus.

—Que importa eso —dijo Bárbara—, ellos pueden ayudarnos a llegar a la superficie.

—¿Cómo lo sabe? Posiblemente no sepan ni que existimos, mucho menos cómo llegar a la superficie.

En ese momento, dos hombres llegaron volando a lomos de dos increíbles Quetzalcoatlus. Aquellos reptiles voladores medían más de 12 metros de longitud y poseían unas gigantes alas de membrana. Su cresta roja los hacía destacar sobre el resto de reptiles voladores.

—Es increíble —dijo Bárbara. La majestuosidad de aquel ser superaba a todo lo imaginado.

Los hombres aterrizaron en la explanada y dejaron a los dinosaurios atados en unas grandes estacas.

—Creo que acabamos de descubrir la forma de salir de este mundo, aunque no les aseguro que lleguemos vivos a casa —comentó Arthur mientras observaba a aquellos majestuosos dinosaurios voladores.

Todos asintieron con la cabeza. Su esperanza de escapar era aún muy pequeña, pero tenían una oportunidad y no dudarían en aprovecharla.

Continuará...



MARIO ESCOBAR Golderos (Madrid, 23 de Junio de 1971). Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *La Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.